

Dulce recuerdo

Al amigo del alma Amado Santapau

Como todos este año, al llegar los primeros días de la florida primavera, en que todo se embellece y vivifica, triunfando los tiernos pajarillos melodiosas canciones de Gloria al Señor en acción de gracias por haberles dado calor y vida, en que los árboles brotan con fuerza vistiéndose de verdosas galas y las flores al besar del puro sol primaveral, abren sus cálices y esparcen sus divinos perfumes por musicales arroyuelos, que amamantó el crudo invierno, como si fuesen hilos de plata tejiendo la bellísima e inmensa alfombra que forma y ofrece la naturaleza toda a su Creador, al llegar, repito, las bellezas de mayo, no puedo menos de acordarme de aquel mayo feliz del año 1912, demasiado lejano ya, en que nosotros ¿te acuerdas tú también? pajarillos del Señor, plantas de su campo y florecillas de su jardín, al prepararnos para el sagrado banquete de nuestra Primera Comunión, cantábamos imitando a los ruiseñores de los vergeles, brotaban en nuestra mente, arraigando en nuestro corazón, concepciones nuevas, bellas e inolvidables, como brotan las plantas al ser cultivadas en este tiempo, y se perfumaban nuestras almas, abiertas como cálices vírgenes, con los perfumes de la palabra sagrada de nuestros educadores espirituales...

Que feliz primavera aquella, amigo mío! Después de nuestras clases y obligaciones preparatorias, aquellos distraídos paseítos por las frondosidades del pintoresco ARC. y por la ventolera Baranova; ¡qué dulces nos sabían y cómo nos animaban para volver de nuevo a aprovecharnos de las preciadas pláticas y lecciones de nuestro querido e inolvida-

ble Sr. Cura-Arcipreste Rdo. D. José Miravals, mártir por Dios y por España! Y, luego, el día glorioso del gran festín, en que Jesús Sacramentado tenía que descender por vez primera a nuestros pechos y tomar posesión de nuestros corazones, que a El se ofrecían y que a El se confiaban...

Entre cántos, luces y flores, juntos nos acercamos a tomar el Pan de los Angeles; para estímulo de los demás compañeros, en premio a nuestra aplicación y en justa recompensa a nuestro buen comportamiento nuestro buen Cura tuvo a bien disponer fuésemos la primera pareja en acercarnos a la Sagrada Mesa, dejando en segundo lugar a los que favorecidos por la fortuna se acercaban a colmular ricamente vestidos, con lujosos brazales, distinción material que aquel año, como otros y como a otros no valió para que, injustamente desde luego, fuesen ellos los preferidos.

Fué aquella una ocasión, raramente vivida en todos tiempos, en que habían vencido el talento y la aplicación de cuna humilde al esplendor poderoso de las miserables pesetas...

Pasado aquel día, nuestra amistad estrechó más fuertemente sus lazos y seguimos viviendo por mucho tiempo unidos por el rodal de nuestra primera Comunión, firme y seguro, presentándonos por todo como modelo de buenos amigos, de hermanos casi... Luego, al ser mayores, la voluntad de Dios nos separó; llamado por los gritos de la madre Patria, tú volaste a ponerte a sus servicios, y en ellos sigues todavía, vistiendo el honroso uniforme de soldado español y ostentando dignamente la graduación de brigada; yo me quedé también, sirviendo a mi querida Patria, a cultivar, como sigo cultivando ahora, un pedazo de su hermoso suelo, aportando así, uno de los muchos granos de a-

(Pasa al final de la página 6)